

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## UN CAMBIO DRÁSTICO

# SITIOS PARA NACER Y MORIR

QUIZA una buena manera de comenzar la presente nota sería ésta: «Hoy día, hasta los reyes mueren en el hospital». Pero me temo que resultase abusiva. Al fin y al cabo, la palabra «hospital» aún se presta —entre nosotros por lo menos— a equívocas connotaciones. Hace pensar en las antiguas instituciones de caridad, lúgubres y afligidas, último refugio para los miserables, los de la indigencia absoluta: sólo «iba al hospital» el desgraciado sin recursos ni familia. Lo de ahora tiende a ser, y a menudo es, algo muy distinto: lugares especializados en la cura de enfermos, y no exclusivamente de los pobres. De ahí que se ponga un interés especial en cambiarle el nombre, y en vez de «hospital» se usan términos de nuevo cuño, que eluden la tradicional evocación de la beneficencia: «clínica», «sanatorio», «residencia sanitaria» y cosas del mismo estilo. Con un poco de pedantería, incluso se les podría llamar «nosocomios». Hagamos, pues, la salvedad, y volvamos al asunto. La reciente defunción del monarca danés en uno de estos establecimientos no es el primer caso: otros personajes de parecida categoría social, en otras partes, han acabado su vida en sitios similares. Y hasta es muy posible que sean ellos los que estén inaugurando la «moda»...

Porque en realidad, todavía no se ha generalizado la costumbre. La mayoría de la gente que muere en los «hospitales» sigue siendo del mismo origen que la vieja clientela: los desheredados de la fortuna, si vale la fórmula tópica. Y si ellos no constituyen la mayoría estadísticamente segura se debe a que allí —en los «hospitales»— se acumulan las múltiples y dolorosas emergencias de cada día: la intervención quirúrgica decisiva, la angustia de un accidente de circulación, el descalabro dramático de un crimen o del trabajo. El vecindario continúa muriéndose en su domicilio. Como siempre: salvo error u omisión, o, si se quiere, fuerza mayor. Llegado el apuro, las personas sensatas se aferran a su cama, a su cuarto, a sus parientes: a una «circunstancia» que las ata a la vida, que fue su vida y que les da una ilusión de vida. Y los allegados tampoco se resignan a abandonar al moribundo. Sólo que eso tiene inconvenientes gordos. Uno, y muy principal, salta a la vista: el médico. El propósito de todos es fallecer lo más tarde posible, y la medicina se

esfuerza por ayudarnos a conseguirlo. Cuando se producen situaciones delicadas, la terapéutica exige medios y cuidados que son imposibles en una casa corriente: aparatos, vigilancia, potingues. El «hospital» moderno se monta con estas provisiones, y hay que acudir a sus dependencias. Si hay suerte, uno sale a la calle, más o menos campante, y vuelve a lo suyo. Y si no, paciencia: para algo se han inventado los cementerios.

Ya se ve que el dinero anda por medio. A partir de determinadas situaciones, la salud es cara. Los señores con posibles tienen a su alcance especialistas y fármacos; la multitud subalterna se apaña como Dios le da a entender, y no desdena los remedios folklóricos. Así ha ocurrido hasta hace cuatro días. Ahora se procura mitigar esa desigualdad. Y se han ingeniado sistemas de arreglo: mutualidades, cajas de previsión, seguros obligatorios, etc. Aún hay mucho que hacer en estas cuestiones. Pero el avance es visible. Y, en consecuencia, el «hospital», al entrar en los circuitos de la burocracia, ha perdido su torvo aspecto condescendiente. Si no lo ha perdido del todo, es de esperar que, a la larga, lo pierda. Sea como fuere, la paradoja empieza a imponerse: los «ricos» son los primeros en acudir al «hospital».

¿Para morir? Más bien lo contrario: para ver si existe alguna eventualidad que evite su muerte inmediata. En su hogar, el trámite sería más complicado. Ignoro cómo y dónde vive la familia real de Dinamarca, pero siempre será algún palacio del XVIII o algo así. Federico IX habrá encontrado su última oportunidad en una sala aséptica y bien pertrechada del Hospital Municipal de Copenhague, con quirófanos cercanos y mucha ciencia a punto. Si la oportunidad falló, no por eso dejaba de ser eficaz. Lo ideal sería que el último de sus súbditos tuviese acceso a idénticas ventajas. Y no sólo es la «ventaja» técnica. Nosotros todavía vivimos con un pie en el paleolítico, y nuestras formas de convivencia —la doméstica, ante todo— conservan facilidades muy notables: cuando un individuo del clan cae enfermo, no le faltan atenciones sin salir de casa. Hijos y nueras, hermanos o nietas, nunca falta alguien que se encargue de cuidar al doliente, ni falta una habitación donde se le pueda instalar. Pero eso es cada vez más «imposible». Las necesidades económicas del grupo y la evolución de las rutinas

imponen una u otra actividad laboral a «todos» los miembros de la familia. Superado el nivel escolar, o la adolescencia, machos y hembras se lanzan tras el salario: una oficina, un taller, una cátedra, una tienda, una fábrica, una «boite». No se quedan en casa, las mujeres sobre todo, como antaño. Y el enfermo se ve en el riesgo de caer de compañía y de esmero. Las sociedades que ya llamamos «post-industriales» no toleran enfermos a domicilio. En una aglomeración urbana, de apartamentos breves y condominios sintéticos, el cáncer o la gripe resultan «imposibles». La compleja morbilidad de nuestro tiempo no encaja en el ritmo de vida de las familias. Sin contar con que la «familia» ya es una entelequia. Imaginemos por un momento uno de esos espacios que, como la hipótesis de «casa», nos presentan las películas y los teletubos: pisitos de Nueva York o de Los Angeles, y de Londres, y de Berlín o París. Cuatro palmos cuadrados, con una cocinita, una cama, un televisor y una nevera eléctrica. Allí no «cabe» un enfermo, y un moribundo es ya un problema inadmisibles. Recordemos que, en las urbes oprobiosas, uno no puede estar de cuerpo presente en su casa. Ni «su» ni «casa»: éste es el secreto.

Lo mismo, «mutatis mutandis», hay que decir de los nacimientos. En la práctica, se ha progresado más en cuanto a los partos que en lo relativo a las defunciones. Las futuras mamás ya acuden a las «clínicas» a gran escala: no sólo las preñadas pudientes, sino las mesocráticas e incluso muchas de las proletarias. Se comprende, desde luego. El episodio de dar a luz, desde Eva, no ha sido nunca demasiado peligroso, pero el porcentaje de frustraciones y el grado de molestias disminuye cuando media la debida higiene y el facultativo pertinente. Las parturientas hallan mejores cautelas en una «maternidad» —una clínica: un hospital— que en el lecho conyugal. Es lógico que sus enternecidos esposos les proporcionen esa amable solvencia. Los matrimonios, respondiendo instintivamente a las necesidades de la especie, se preocupan más de sus retoños que de sus progenitores: más de los que «nacen» que de los que «mueren». Un cadáver no sirve para nada; un nene representa el futuro. Sentimentalismos aparte, por supuesto. Poco a poco, se llegará a lo que debe llegarse: a que «todos»

los niños nazcan en el «hospital» más próximo. Nacerán con las mejores garantías. Con el tiempo, algunos de ellos serán premiosnobeles, artistas geniales, políticos egregios: la lápida conmemorativa del pasado —«En esta casa nació...»— carecerá de sentido. Todos los conspicuos de mañana habrán nacido en un «hospital»...

Nacer y morir en un «hospital» es la perspectiva que apunta. Los últimos, recalitrantes, añorados miembros de la generación «de transición», naturalmente, no lo vemos con buenos ojos. Supersticiosos del domicilio, e incluso del mueble, creemos que no está mal nacer y morir en la cama en que nacieron y murieron nuestros padres, y en su mismo cuarto. Pero los que vienen y los que vendrán piensan de otro modo: sin tanta lágrima ni tanto cariño. En definitiva, nacer y morir son episodios-límite en la peripecia humana y, sopesados como es debido los factores externos de su acontecimiento, lo mismo da nacer aquí que allá o morir así o así. Lo importante, en última instancia, es nacer a punto y afablemente, y morir lo más tarde posible y sin dolor. El arcaico «hospital», convertido «clínica», y con gastos pagados, se dibujo como la «puerta de la vida»: para entrar y para salir. Todo lo otro —la «casa», de los padres o nuestra, la escuela, el lugar del oficio o de la diversión— es sitio de paso. Residencia transitoria. Lo cual, si se toma conciencia de ello, puede alterar profundamente nuestra «sensación» de vivir. No me gustaría pecar de suspicaz, pero me inclino a creer que la gente que tiene el «hospital» en su principio y en su fin ha de «sentirse» perpetuamente provisional allá donde ponga los pies. Serán, a medias, hombres y mujeres con el doble complejo de nómaditas y de realquilados. La «casa» es un concepto milenario que entra en crisis. Y lo de menos es su «propiedad»: nunca ha habido tanta gente como ahora, que sea propietaria del local donde vegeta. Pero una «casa» donde no se nace ni se muere es un hotel... No hago juicios de valor acerca del hecho. Más bien me parece positivo, puesto que se trata de «sobrevivir». De todos modos, es un «cambio» drástico.

Joan FUSTER

## TEMAS DE LA CULTURA

# UNA GRAN TRAGEDIA ESPIRITUAL

AL referirse a la creación literaria y artística en Rusia durante los últimos cincuenta años, el gran estudioso de literaturas eslavas Ettore lo Gatto hablaba recientemente de una gran «tragedia espiritual». La creación literaria y artística, además del proceso de educación de la juventud y de las masas en general, en el mundo socialista, estuvieron sometidas a los rigores ideológicos de la política en todo momento. En este sentido, la posición no ha presentado nunca el menor equívoco. La doctrina se ha manifestado claramente en esta materia, en tiempos de Lenin, de Stalin y de Breznev, o incluso bajo Kruschov, en la URSS, o bajo el deshielo más o menos manifiesto en Yugoslavia, Polonia y otros países socialistas europeos o bajo el signo de las «cien flores» de Mao en la China comunista. Bajo Stalin y Zhdanov en Rusia, la doctrina implicó el terror, y con el terror se impuso en otros países, después de la Segunda Guerra Mundial. Este terror implicó el holocausto de centenares y miles de hombres de cultura, escritores y artistas, que no se prometieron a la doctrina de inserir la propia creación a directrices ideológicas y culturales determinadas por los órganos políticos.

Por ello, la creación literaria en Rusia ha tenido en los últimos años dos vertientes. Por un lado, una literatura a la luz del día, integrada en lo que hoy en día se viene a llamar la «galaxia de Gutenberg», íntimamente ligada a la política y a la sociedad soviética, integrada en la actividad política en general y respetuosa con las consignas ideológicas recibidas de una burocracia creada con este fin. Por otro lado, una literatura clandestina que ha querido realizarse en libertad, conservando su propia autonomía creadora y cargando con las graves consecuencias de su actitud. La política cultural soviética o practicada en general en el universo socialista se inspira en un principio básico de la misma «ética» soviética. Este principio consiste en la politización de los valores como mentalidad universal de la ética soviética. Todo nace de la abolición de la propiedad privada como «categoría concreta». Desde el momento en que la propiedad privada deja de ser un modo de afirmación y de expresión del yo, todo lo que pertenecía a la propiedad privada «se torna politizado, se torna legítimamente asunto de la sociedad» (Marcuse). El «lugar geométrico de la libertad se desplaza del individuo como persona privada hacia el individuo como miembro de la sociedad» representada por el Estado soviético. También, la libertad de creación entre otras se transforma en instrumento del Estado. La ética de la libertad y la creación es válida sólo en la medida en que es capaz de hacer triunfar los objetivos y los valores determinados por la Sociedad y el Estado. Se trata de una ética instrumental, una Libertad instrumental y una creación espiritual de carácter instrumental.

Todo descansa, según el propio Marcuse, en «una definición simplista y brutal de la moral comunista», establecida claramente por Lenin en un Discurso pronunciado ante el Tercer Congreso nacional de la Federación de los Jóvenes Comunistas de Rusia el 2 de octubre de 1920. Esta «nueva moral comunista» que Lenin proclama, en oposición a la moral tradicional «idealista», está subordinada por entero a los intereses de la

lucha de clases del proletariado. Se trata de una ética pragmática, al servicio de fines políticos y sociales. Ella reside, según Lenin, en una «disciplina solidaria coherente» integrada en la lucha de clases. Fuera de estos términos es inconcebible ética alguna. En estos términos, la ética soviética se impone como ética absoluta. Ella es instrumental y pragmática. Se halla absolutamente politizada en la dialéctica de los medios y los fines. La situación de la persona en este contexto está definida en términos dramáticos por Berdiaev: «Cuando la sociedad absolutizada se identifica con el Estado ya no hay salvación para la persona. Esto lo vemos en el comunismo. La sociedad comunista es lo absoluto; ella exige del hombre una subordinación total y la sumisión hasta el fondo de su alma. El Estado comunista es tiránico, precisamente porque se identifica con la Sociedad... Personificando al Estado, la Sociedad, más que el Estado, puede mostrarse peligrosa para la persona».

Lo cierto es que las repercusiones de esta doctrina en la creación artística y literaria, no se hacen patentes en forma concreta en los años veinte en Rusia. En esta década, dominada por la dispersión de corrientes que caracterizan el vanguardismo ruso, se manifiestan una serie de tendencias creadoras, más o menos inspiradas por el cataclismo revolucionario. «Los años veinte —incluida la precedente fase de transición caótica del llamado comunismo de guerra—, en los que todavía no había ninguna organización editorial del Estado, pero sí una lírica grandiosa que bullía en clubs, salas de clase, locales ennegrecidos por el humo y otros puntos de cita del entusiasmo colectivo y revolucionario, fueron los años del vanguardismo comunista, de la coexistencia de tan heterogéneas corrientes, que casi se podría hablar de una guerra civil literaria» (Helen Von Sachno). Hay las llamadas «izquierdas» literarias, hay «simpatizantes», grupos de dispersas tendencias, casi todas inaceptables por el Partido y la ideología de la cultura popular. La mayor parte de sus componentes serían perseguidos en los años que iban a venir o acabarían sus existencias en los campos de concentración. En estas condiciones se llega a un punto culminante. El que determina el Congreso de los Escritores soviéticos de 1934. Estamos ya en la era de Stalin. El burócrata del partido, que impone los criterios ideológicos a los cuales habrá de subordinarse toda política cultural y de creación, es Zhdanov. Sus ideas encuentran eco en una figura de relieve, que, sin embargo, será sacrificada en plena fase de las «purgas» políticas: Máximo Gorki.

Pero antes de que el Congreso de 1934 convirtiera en doctrina oficial la frase de Stalin: «Los escritores son los ingenieros del alma humana», la política cultural del partido se había puesto de manifiesto claramente. Una resolución del verano de 1925, rechazaba cualquier tipo de arte neutral, siguiendo la doctrina de Lenin. Pero también en el espíritu de Lenin, que quiere utilizar la creación burguesa a fines prácticos políticos y revolucionarios. La Resolución del Partido de 1925 proclama: «Precisamente porque el Partido ve en los escritores proletarios los futuros dirigentes ideológicos de la literatura soviética, debe luchar con todos los medios contra una postura ligera y menospreciadora respecto a la vieja herencia cultural y de los

especialistas de la palabra artística. Todo parece anunciar que el estilo propio de esta época tiene que ser creado, pero creado con otros métodos, y la solución a este problema aún no está madura. Por consiguiente, todos los intentos de movilizar al Partido en esta dirección en la fase actual del desarrollo cultural deben ser rechazados.»

Los documentos destinados a aclarar la situación de esta época y su proyección en la edad sucesiva, abundan ahora. Más que en las «rehabilitaciones» oficiales de los escritores sacrificados en la era de Stalin, estos documentos se reflejan en libros de «Memorias», el último entre ellos el de Nadezda Mandelstam. Es este un tema que nos abre las perspectivas de una realidad específica de la cultura socialista, sobre todo la soviética. La realidad personificada por la literatura clandestina, que ha florecido y sigue floreciendo enormemente en Rusia aún hoy, hasta el punto de que todo el mundo cuenta con ella como un hecho cultural de primer orden.

En las «Memorias» de Nadezda Mandelstam aparece claramente el proceso en que se prepara el «realismo socialista», que se impone contra movimientos como los de los «Hermanos Serapion» y «Compañeros del camino» y al mismo tiempo se nos ofrece una imagen bien configurada de la tragedia de los hombres de cultura en los años treinta. Esta tragedia se inicia con el suicidio de postas de la revolución como Maiakovski y Essenin, pero se concreta en términos generales desde 1932. La posición del partido se había manifestado ya antes de esta fecha. Rechazo de toda posición clasicista y esterilizante, incapaz, según sus dirigentes, de servir, en su autonomía, a la educación ideológica, literaria de las masas. La fórmula estética que el Partido se forja, con fines ideológicos, pretende en parte inspirarse en el realismo ruso tradicional. La primera definición del «realismo socialista» la ofrece Zhdanov en el Primer Congreso de Escritores de 1934. Stalin había llamado, como vimos, a los escritores, «ingenieros del alma». Ahora les tocaba a los escritores llamarle a él, durante veinte años, «el más grande genio de nuestra época, nuestro amado Stalin», «símbolo de una nueva y maravillosa vida».

Hace tiempo que Stalin ha muerto. Sus sucesores han denunciado los holocaustos de escritores y artistas, de creadores del espíritu, que su tiranía y el culto de su personalidad provocara. Esta denuncia tenía que implicar un reconocimiento de la autonomía y la neutralidad del proceso creador. Desgraciadamente no ha sido así. Allí está como prueba espectacular, la suerte en la Rusia poststalinista de escritores famosos como Pasternak y Soljenitsin. Dos glorias de la literatura rusa que la cultura oficial soviética ha rechazado escandalosamente de su seno. La ética, la política y la burocracia soviéticas, lo han exigido así. La cultura y la creación siguen rigurosamente instrumentalizadas en el mundo soviético. El quinto Congreso de los escritores soviéticos celebrado el pasado año lo proclama así en términos inequívocos.

Jorge USCATECU

## PAPELES PINTADOS

«CRESTA» - SUPERLAVABLES  
LIQUIDAMOS UN MILLON DE ROLLOS  
DE LA MAXIMA CALIDAD

ENAMORADOS, 38 y GALILEO, 278  
Teléfonos: 225-18-04 y 245-95-50

## TORNO UNIMAT

PARA TRABAJAR  
METALES, MADERA  
Y PLASTICO

IMPORTACION AUSTRIACA

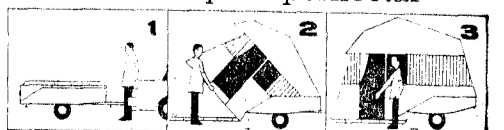
Rodabolas  
Avda. J. Antonio, 600 Barcelona Tels. 222 82 66 y 222 67 18

En 15 segundos - está listo para pernoctar

COMBI-CAMP 500  
EL REMOLQUE PARA CAMPING

INFORMACION  
Y VENTA

SPORTDEM



Menéndez Pelayo 203/217 - Tienda nº 6  
Telf: 227 43 50 - BARCELONA-12